

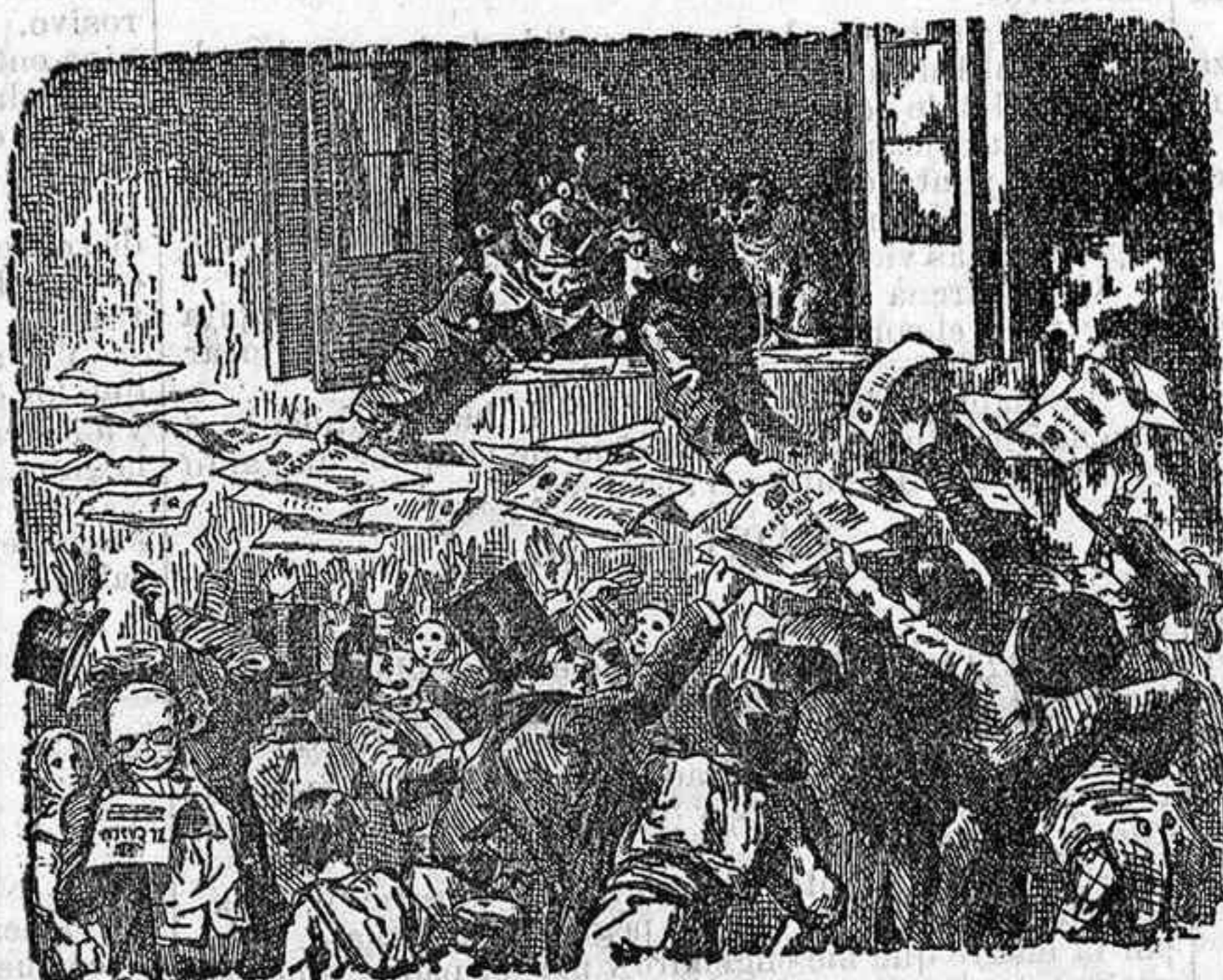
CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

Administración.—Caños, 4, bajo.

Dirección.—Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj., 6 meses 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

REVISTA DE MADRID.

No hay nada, absolutamente nada. No sabemos dónde se ha metido Madrid, porque no se le ve.

La *Correspondencia*, que es la imagen de Madrid, se ha reducido, se ha escondido detrás de ocho páginas de novela, y no hay noticias.

Madrid debe haberse ido a alguna parte, porque lo que es aquí no está Madrid.

Vamos a visitas, y las señoras no están en casa, ni en el teatro, ni en ninguna parte.

Vamos a las oficinas, y no podemos ver a nadie.

Vamos a los teatros, y solamente vemos a los que entran de gorra, que no perdonan la diversion, aunque no se diviertan, por nada de este mundo.

Háganme VV. el favor de decir dónde está Madrid.

En los comercios dicen que no le ven. Lo mejor de Madrid y de todas partes, que son las mujeres, no se encuentra.

No hay remedio: Madrid se ha ido, Madrid ha debido cambiar de domicilio.

Si el miércoles, que es día de San Antonio Abad, no se representa Madrid en la calle de Hortaleza, como de costumbre; si no hay vueltas, si no hay caballitos donosamente enjaezados, si no hay mendrugillos pintados y frasquetes de aguardiente de diversos colores, es cosa hecha que Madrid se ha trasladado a otra parte.

¡San Antonio Abad! Santo varón cuyas virtudes debiéramos imitar todos. ¡Cuidado si sufrió y resistió tentaciones el santo bendito! Corrido como una mona dejó al demonio, que se le presentó bajo todos los aspectos imaginables, tan pronto en forma de dragon como de hermosa doncella, como de viuda menesterosa, como de talego de oro acuñado, como de billete de Banco.... rectifico: bajo esta forma no se le presentó el demonio, porque en aquella época no eran aun conocidos los billetes de Banco. Tampoco se conocían en aquella época los coches, ni las yeguas normandas,—aunque yeguas ya había,—ni las sociedades de crédito, ni los pronunciamientos, ni los empleos, ni otras mil tentaciones que nos ha traído la civilización, y de las que se aprovecha grandemente el demonio para hacer de las suyas.

¡Cuidado si es trabajador el demonio! ¡y vaya si sabe de qué pié ha de cojear cada prójimo a quien se dispone a tentar! A las muchachas pobres, pero coquetonas, superficiales y vanidosillas, las lleva a las tiendas de la calle de Espoz y Mina, que es el camino seguro para ir a muchas partes. A las aficionadas a divertirse y a que las conviden, las lleva a los bailes de sociedad que se dan en esta corte, a 10 rs., y a 4, y a 2 tambien el billete de caballero y gratis los de señora; y por algo dijo un festivo autor cómico de nues-

tros días, que es un respetable padre, y no de familia, aquello de

¡Ah! ¡jóven que estás bailando, al infierno vas saltando!...

A los hombres los coge el demonio por cualquier parte, a unos por los piés; estos son los que luego salen aficionados a correr detrás de todas las mujeres, a enamorarse de cuantas ven, y a andar siempre en devaneos, aunque sean hombres de gran posicion, aunque sean viejos, aunque no puedan con la Bula; a otros por las manos; estos son los que tienen afición extremada al dinero, y les gusta manejarlo, por supuesto, el de los demás, y quedarse con él muy serios. De estos, unos van a la cárcel y a los presidios, y otros viven perfectísimamente bien, mejor que VV. y que nosotros.

Las tentaciones del demonio en nuestros días son infinitas. San Antonio Abad fué un santo varón, no se lo niego; pero si hubiera vivido en estos tiempos, grandes apuros había de haber pasado para no caer.

Hoy caemos todos, empezando por caer en la tentación y acabando por caer de nuestro burro, con perdon de VV., cuando nos convencemos de que hemos estado siendo juguete del demonio.

Pero dejemos al demonio con los que le hacen el caldo gordo, que son muchos, y hablemos de otra cosa.

La *Correspondencia* anuncia en su número del 11, que «se ha encontrado una Bolsa.»

Ya va pareciendo Madrid.

La Bolsa que se ha encontrado no puede ser otra que la de la plazuela de la Leña, que estaba perdida.

Deseamos que se encuentre tambien al comercio, a las artes, a las letras y a la industria.

Si VV. supieran los trabajos que estamos pasando para escribir esta Revista, habían VV. de dar un duro por cada ejemplar de este número.

Como que no sabemos qué decir.

De modas no podemos hablar porque, ¿quién piensa en moños y zarandajas?... ¿Qué mujer hay tan inconsiderada que le pida a su marido dinero para ir a tiendas?... ¿Qué padre de familia permite que sus hijas lean uno de esos tentadores artículos de modas?...

De política no queremos hablar.

De teatros no hay cosa mayor que decir; en el Real ha debutado un tenor español, que es una esperanza para el arte.

En los teatros hace un frío que no se puede sufrir.

En los paseos no se ve un alma; solamente algun cuerpo misero de cesante, que sale a pasear para no oír los sollozos de su familia, si la tiene y no la puede remediar, ó los cargos que le hace su patrona.

Estamos en pleno invierno.

Todo está helado, todo yerto, todo postrado.

No hay más que tener paciencia y barajar.

Esto de barajar se hace en todas épocas, en toda circunstancia.... Los jugadores viven en un mundo aparte, forman una sociedad especial, que no se ocupa en otra cosa que en verlas venir. No hay cuestion política que les preocupe más que un *entrés*, y ya puede hundirse el mundo, que no lo advertirán siquiera, si queda en pié la sala donde tienen establecidas sus operaciones... Para los jugadores no hay más presente que las cartas que vienen, ni más porvenir que las que vendrán.... Hay ocasiones en que se cierran los teatros, se suspenden los periódicos, se cierran las velaciones, los tribunales, se mete todo el mundo en su casa.... pero las casas de juego no se cierran nunca, los jugadores no dejan por nada de este mundo ni del otro de ir a echar su cuarto a espadas ó a bastos ó al palo que más les gusta. En fin, en tiempo del cólera se reunían los jugadores, y si faltaba alguno, a quien la epidemia había dado el ¿quién vive? ninguno de sus compañeros notaba ni lamentaba la pérdida, porque eso sí, los jugadores son unos compañeros que están siempre juntos, y no se pueden ver, pero no se hostilizan, no se baten, no se pegan, hablando más vulgarmente; se llevan el dinero unos a otros, y en esto consiste la lucha más horrible de la vida.

Caballeros, por más que estiro y estiro la Revista, sigo sin saber de qué hablar a VV.

Hasta las mujeres no saben de qué hablar estos días. El año empieza valientemente; si continúa así tengo para mí que ha de ser este el año del juicio, no del juicio, sino del Juicio final, el año de ¡Apaga y vámonos!

Si así fuera, si tuviéramos seguridad de que era este el año del gran trueno del mundo, habían VV. de ver cuánta conversion, cuánto arrepentimiento, cuántas lágrimas, cuántos lobos convertidos en corderos, cuántas casadas enamoradas de sus maridos, cuántos maridos hechos unos santitos, cuántos ministros dándose golpes de pecho!...

Vaya, señores y señoras, no podemos escribir más, no nos es posible seguir haciendo letras para no decir nada.

Que VV. se diviertan nos alegraremos, y que conserven en su gracia al pobre CASCABEL, que no se mete con nadie, y a todos desea salud y pesetas.

LA MUJER ES UN DEMONIO

EL DUENDE HORRIBLE.

NOVELA ATRQZ

AL ESTILO DE LAS DEL DIA.

(Conclusion.)

II.

La tarde que precedió a la tempestuosa noche en que da principio esta novela, estaban la Casimira y el tío Leon en la porteria de los condes del Bigote.

El Duende horrible estaba apostado en la esquina de enfrente, con intención de colarse dentro sin ser apercibido.

En un momento en que el tío Leon volvió la cabeza y la Casimira no miró, aprovechó el Duende la oportunidad, y subió los escalones de cinco en cinco.

Su objeto se lo revelaremos al lector. Era ni más ni menos que robar á Agapita, á la preciosa hija de doña Roca.

Pero como un hombre atropellado pasa por todo, atropellado iba nuestro Duende por la vil acción que iba á cometer, y en lugar de entrar sigilosamente en el segundo, que es el que más frecuentemente habitaban las condesas del Bigote, se metió en la guardilla.

Y como un hombre atropellado no ve, se entró dentro y fué á parar á la cama en que yacía Matias durmiendo la turca que aquella tarde había cogido con el dinero del joven á quien no le lucía la paga.

Y como un hombre atropellado no sabe lo que hace, creyendo coger á la Agapita, cogió á Matias envuelto en una manta.

Y como un hombre atropellado salta por todo, el Duende salió saltando de casa de la condesa del Bigote con su preciosísima carga.

Y como Casimira no veía veinte en un burro, y el tío Leon era un tonto de Coria, no vieron pasar al Duende terrible por la portería.

III.

El Duende horrible encontró en su camino un caballo de cochero, que ya había servido varias veces en las corridas, un caballo tísico, gordo como una targeta, á quien, como ya hemos dicho, su amo estaba enseñando á no comer hacia unos quince días, y que, por consiguiente, hacía tiempo que no se había desayunado.

Mas el Duende horrible, como había sido en sus mocedades gitano, yo no sé qué palmaditas, qué untos le dió, que tan pronto como estuvo en él, con el precioso Matias reclinado en su seno, el caballo echó á correr como alma que lleva el diablo.

IV.

Volvamos á la caverna del Duende horrible. Matias el fosforero se desperezó, dió un traspies y dijo dando tropezones:

—Si yo... si yo no ten... ten... go fosfofo... fos... fofo... ros, ni ce... ce... rillas, se las ven... vendí á un sil... sil... vante to... todas las que te... tenía.

—¡Desdichada! ladró el Duende horrible; reza el credo.

—No... no lo sé... —balbuceó Matias.

El Duende horrible creyó que los encantadores, los fantasmas ó las brujas, habían transformado de aquella manera á Agapita, y plenamente convencido de que ella era á quien tenía delante, bramó, rugió, mayó, relincho á rebuznó estas palabrotas:

—Mientes tú, villana, perfida, engañadora, ingrata, infiel, inconstante, incorregible, insolente, incapaz, indina, parlanchina, ladina, asesina, tocina y masculina mujer; ¡mientes, mientes, mientes!...

Matias el fosforero bajó los ojos ruborizado.

—Y en prueba de ello, prosiguió el Duende horrible, ahora, con este puñalito, te me almorzaré, y te haré fri-cacea, y te haré salchichas, que las venderé como si fueran choricitos de carne de caballo... y te mataré veinte veces, y te daré de cachetes, de puñaladas, de palos y de tiros, y me vengaré, me vengaré, me vengaré!...

Matias el fosforero, de pálido que estaba se tornó livido.

V.

Mas retrocedamos algun tiempo en el hilo de nuestra historia, para enterar al lector en ciertas relaciones que ignora, habidas entre la preciosísima Agapita y el Duende horrible.

Era en una ocasion en que estaba muy oscuro, no sé de cierto si era de dia ó de noche, cuando el horrible Duende acertó á pasar por debajo de los balcones del palacio de la condesa del Bigote.

El Duende se detuvo. Había visto brillar dos ojos como dos carbunclos en el balcon de Agapita. Era ella, el retoño ó la retoña de los condes del Bigote.

El Duende sintió en su corazon un golpazo que equivalía á un gran latido, un flechazo que llamaria cualquiera en fin, una cosa como lo que siente un tigre ó una leona por sus cachorros.

El hecho es, que desde aquella vez el Duende horrible iba todas las noches á pasear, á hacer el oso debajo los balcones de Agapita.

Agapita, que ya empezaba tambien á afeitarse su pequeño bigote, que más tarde llegaria á mostacho; Agapita, que principiaba á sentir que tenia algo debajo del corsé en el lado izquierdo; Agapita, decimos, conoció que habia alguno que hacia la rueda por su calle, y romantica como era, invocó á sus hados, dió gracias al destino, creyó en una pasion heróica y juró á los dioses inmortales echarse en brazos del amor, ser feliz con su adorado ó morir como heroína abrazada á él, como Leonor murió en brazos de Manrique el Trovador, como murieron los Amantes de Teruel!...

Cierta dia recibió un billete. ¡Fatal billete! ¡cruel billete! ¡maldito billete! ¡bendito billete!

Era del Duende horrible: Decia así:

«Agapita: Tu amor ó la muerte, tu amor ó el veneno, tu amor ó el infierno. La vida me arrancaré si tú no cedes; no puedo vivir sino á tu lado. ¡Adios, bella, seductora, hechicera Agapita! ¡adios te dice el que se dejaria dar de palos por tí!—El caballero de la noche.»

Un latigazo, una paliza, un tiro, un trabucazo, no hubieran hecho tanta impresion en el corazon de Agapita como hizo el billete anterior.

Se desmayó, le dió un deliquio, un desvanecimiento, un síncope, un patatis y cien calambres, que probaban la exquisita sensibilidad, el valor de aquel corazon grande, de aquella alma de cántaro.

Desde aquella noche se oía siempre á la una de la madrugada una especie de serenata, dulce como los ajenjos, sonora como caña rota, melodiosa como lima

de herrero, armoniosa como una manada de bueyes con cencerros.

Era Agapita que tenia suspendido de los puntos de su figle al Duende horrible.

Era el figle solo, que con sus arpegios, con sus escalas cromáticas, sus calderones, ligaduras, puntillos, puntos y puntazos hacia ladrar á los perros, mayar á los gatos, rebuznar á los burros, chillar á las lechuzas, regañar á las viejas y ronear á los borrachos.

Como sirena que encanta al navegante, así Agapita penetró en el corazon del Duende horrible á puro tocar el figle.

Tal habia sido el motivo que habia conducido al Duende horrible hasta el extremo de cometer un rapto en la persona de Matias el fosforero.

CAPÍTULO III.

I.

Volvamos á retroceder á la caverna donde se encontraban el Duende horrible y Matias el fosforero frente á frente.

Este, de repente, inspirado por el aguardiente, tomó una postura imponente y dijo en tono elocuente al Duende insolente:

—Oiga V., tío bruto, tío morral; no lo eche V. á barato, porque á mí no me la pega ningun chato. Juro por la madre que me engendró y por el padre que me parió, que no soy mujer, ni creo que tengo la cara tan pulida para que V. me lo llame. Y mire V., si quiere V. algo, dígalo, y dígalo pronto, porque la paciencia se me acaba y voy á volverle á V. del revés de un sopapo.

—¡Maldicion! ¡Me amenaza! ¡dice que no es ella! ¡Pues bien, sea! ¡Tú lo quieres! la fatalidad interviene en mi vida; el destino quiere que mueras. ¡Sea pues, temerario, morirás! Escoge la muerte que quieras.

—¡Qué muerte ni qué ocho cuartos! exclamó Matias; V. será el que escoja, tío fanfarrón.

—¡Sea! ¡tú lo has querido! ¡muere, miserable! rugió el Duende horrible.

Y se precipitó, puñal en mano, sobre el desventurado Matias el fosforero.

Mas el destino, que para mejores cosas tiene reservado á Matias, hizo que el puñal fuese á dar precisamente en un realito de plata que casualmente llevaba en el bolsillo del chaleco.

Matias, viéndose comprometido, tomó aliento, sacó del bolsillo un cortaplumas de vara y media con siete muelles.

... ..

... .. y el Duende horrible murió del susto.

II.

En un bolsillo del gaban del Duende horrible halló Matias el fosforero la siguiente carta:

«La mujer es un demonio: la mia lo es, y para celarla me he disfrazado de Duende, yo, don Quirico Cucaña de la Corchea.

Juro no parar hasta arrancar á mi hija única Agapita á ese monstruo con quien en mal hora me casé, que se llama la condesa del Bigote.

¡Profetizo eterna desdicha á aquellos matrimonios en que la mujer sobresalga y presida, sea por su dinero, por su genio dominante ó por su mostacho. Yo, el Duende horrible.»

CONCLUSION.

Matias el fosforero fué á participar á las condesas del Bigote la muerte del Duende horrible, ó sea de su marido y padre don Quirico Cucaña de la Corchea.

—¡Maldicion! exclamó la condesa, que hasta entonces habia permanecido un tanto ruborizada.

—¡Conque era él! ¡el! ¡Quirico! ¡Quirico! se puso á gritar como una desaforada. ¡Quirico! ¡Quirico! ¡Quiriquico mio!... ¡muerto mi Quiriquico!...

—¡Conque el era mi padre! gritaba Agapita precipitándose sobre la trompa y estrechándola en su seno; ¡el era el que me dormia al son de su trompa! ¡ha muerto él, el que me enseñaba los rudimentos del figle cuando era chiquitita; él, el que me hacia el duo en el Mamburú y me acompañaba en el área de *Il Barbarot!*...

—¡Conque ha muerto él! continuaba doña Roca estirándose los pelos y retorciéndose el mostacho; ¡conque ha muerto mi Cucaña, mi trompista, mi Quirico, mi maridito, mi bien, mi Corchea, mi sol, mi sol dól!...

—¡Conque ha muerto él! continuaba la hija dándose de cachetes y retorciéndose el bigotito; ¡conque ha muerto el que venia á hacer el oso debajo de mis rejas, el que me escribió aquel amoroso billete, el que me guiaba el ojo desde la calle, aquel que tenia cara de perro pacho!...

—¡Moriré! dijo heróicamente la madre tirándose de los bigotes y dejándose caer de golpe en una butaca y mirando con ojos de loca á Matias el fosforero, que estaba como los niños del limbo.

—¡Moriré! repitió la hija, confundiendo en un abrazo á la trompa y al figle.

—¡Pues yo no moriré! gritó Matias el fosforero estallando como un fósforo de Pascasio Lizarbe y compañía, exposicion publica al mérito en las artes, Cascante, Navarra, clase segunda, cartera núm. 4.

Entonces pasó allí un cuadro desgarrador.

Doña Roca de Cucaña de la Corchea, condesa del Bigote, descendiente de mil ilustres barberos, sacó una preciosísima caja de navajas de afeitar, cuatro pistolas, tres puñales, una navaja y un magnifico revolver de doce tiros.

La hija á su vez sacó un frasco de arsénico, otro de sublimado corrosivo, otro de ácido prúsico, otro de ácido sulfúrico, otro de estrienina y una botella de aguardiente con cabezitas de fósforos.

La madre se cortó el gargate con cuatro navajas de afeitar al mismo tiempo, se dió veinticinco puñaladas en una uña, ocho sablazos en la punta de la nariz, nueve estocadas en un ojo y se disparó once tiros.

La hija empezó con un traguito de aguardiente con

fósforos, siguió brindando con arsénico y sublimado corrosivo, hizo gárgaras de sulfúrico y se sopló la estrienina entre pecho y espalda.

Madre é hija cayeron al mismo tiempo desplomadas; las dos estiraron la pata en el mismo instante.

Y al llegar á este punto, el novelista á poco se murió de repente del susto, quedando estropeado, dolorido, condolido, contuso, magullado á la vista de tanta catástrofe.

Y el autor no ha muerto tambien á sus lectores porque los estima en mucho, y no ha muerto á los cajistas y á los cascabeleros y á si mismo porque no le ha dado la gana.

¡Ah! se me olvidaba decir á VV. que el señor don Matias el fosforero no tuvo novedad en su importante salud.

ESCENAS DE FAMILIA.

LOS NIÑOS.

I.

Tienes razon que te sobra, lector, si por la presente dices que escribo para tí niñerías y puerilidades.

Pero está ya uno tan harto de las valentonas, de los alardes, de la ambicion y de la rivalidad de los hombres, que cuando tanto se ha oído hablar de los grandes, no creo llevés á mal que distraiga por un momento tu atencion para decir algo acerca de los pequeños.

Prestemela, pues, y llegue tu benevolencia allí donde no alcance mi acierto.

II.

—Mamá, yo no quiero comer.

—¿Estás mala, hija mia?

—No.

—Pues qué tienes?

—Que tiene Luis mi cuchara.

—Luis, dále la cuchara á Pilar.

—No quiero; yo la he cogido el primero.

—Vamos, hombre, cede, que ella es más pequeña.

—Que la hubiera cogido antes, que coja ella la otra.

—Yo no quiero la otra, porque tiene las letras borradas.

—¡Jesús! hija mia, ¿qué más tiene?

Movimiento de disgusto de la niña.

—Vamos, tú, Luis, dále la cuchara á tu hermanita.

—Y yo ¿con qué cómo?

—Con la otra.

—No quiero, que tiene las letras borradas.

—¡Jesús, Maria y José! ¡qué chicos! ¡en qué cosas reparan! Vamos, tú, hijo mio, dásela, y te daré despues una cosita.

—Dámela ahora.

—¡Válgame Dios! Bueno, tú me las pagarás, terco.

Mira, hija mia, déjalo y come con esta, que esta tarde te he de hacer un vestido para la muñeca.

La niña, convencida, se pone á comer.

—Mamá, Luis se rie.

—Bueno, déjalo que se ria.

—Mamá, que me hace burla.

—No le hagas caso.

—Mamá, que me saca la lengua.

—Mira, Luis, que no me hagas llorar á la niña, porque te voy á pegar.

—Mamá, que me amenaza con el puño.

—Te guardarás muy bien de tocar á la niña.

—Mamá, que me mira.

—Tambien tú, hija, pareces de mantequilla.

Los dos niños se dan por ofendidos, dejan de comer y se echan á llorar.

—Ahora no come ninguno de los dos. ¡Jesús! ¡qué criaturas tan infames! ¡Por los clavos de Cristo! ¡Si se le vuelve á una veneno lo que come!

Entra el padre.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

—¡Que estos arrastrados de hijos le queman á una la sangre. Empeñados en que los dos quieren esta cuchara porque la otra tiene las letras borradas.

—Bien. Eso no es nada. Ya verás como Luis le da en seguida la cuchara á la niña. Dásela, hijo mio, que ella es pequeña y tú eres ya grande. Mira, esta tarde te pondran la chaqueta, el chaleco y el sombrero majos, y vendrás á pasear conmigo como un señorito.

El niño, con la risa en los labios y lleno de contento, da la cucharita á la niña y se restablece la paz.

—(¿Lo ves, mujer? más vale maña que fuerza.)

III.

—Mira, Pilar, tú y yo, que estábamos casados, y las muñecas que eran los hijos.

—Bueno, pero no teniamos criada.

—Sí, que haga de criada mi San Isidro de barro.

—Bien, pues yo voy á vestir las niñas.

—Y yo me iba á visitar los enfermos, como papá.

—Adios, Luis.

—No me llames Luis, mujer; yo me llamaba Manuel y tú Pepa.

—¡Ah! ¡sí! Adios, Manuel.

—No, falta otra cosa antes. Pepa, sácame el sombrero y el bastón, que me marcho á hacer la visita.

—Toma, Manuel; que no tardes mucho, que todos los dias te espero á la hora de almorzar.

—Bien, hija, ¡como esos enfermos le entretienen á uno tanto! Vaya, hasta luego.

—Adios, Manuel.

El niño hace que sale y la niña se queda sola con sus muñecas.

—¡Hola con las chicas estas! ¡A las ocho todavia en la cama! Levantao, perezosas, que son cerca de las nueve. ¡Vaya, vaya! ¡Pues no faltaba más! ¡sin vestirse ni peinarse! ¡A á qué hora pensais ir al colegio!—Y tú, tan grande y no sabes ponerte el corsé? Cuando yo tenia tu edad ya me vestia solita. Vaya, ya estais vesti-

das. — Esperamos que os ponga las botas imperiales, y el abanico, y la mantilla, digo no, el sombrero, que vais al colegio. — ¡Ay! se me ha caído la muñeca, y le he roto un pie. ¡y otro brazo que tenía ya roto! ¡Pobrecita! Calla, hija mía, no llores, que no ha sido nada; yo te pondré un trapito. — ¡Quién te pega á tí, prenda? escupe para pegarle... ¡báh! ¡báh!... Vaya, tomad vuestro desayuno y andad al colegio, que es tarde.

Y dirigiéndose al San Isidro de barro: — Muchacha, á ver si me cuida V. bien las niñas, que no las atropelle alguna caballería. Traigase V. de paso chocolate y una madeja de seda para coser el vestido á la niña. Y cuidado con tardar, porque lo que es cuando V. sale de casa...

— ¡Jesus! ¿Cuándo vendrá ese Manuel? ¡tanto tardar! Los enfermos no le dejan vivir... Y el que hace de Manuel ha estado durante el anterior monólogo paseándose de silla en silla, diciendo poco más ó menos lo que sigue:

— Tán, tán. ¿Quién? El medico. Hola, enfermo. ¿Qué tiene V? A ver el pulso. ¿Le duele á V. la cabeza? Bien. Pues que le pongan á V. una cataplasmita de malvas en el vientre. — Y V., está V. malo? A ver la lengua. Eso no es nada. Agua de naranja. Traiga V. un papel para poner la receta. — ¡Hola! V. está muy malo. Que le den á V. la unción. Vaya, gracias á Dios que me dejan los enfermos.

— Ya es hora que vengas, hombre; tanto rato esperando con el almuerzo hecho.

— Hija, no he podido venir antes, porque esos enfermos...

— Si, los enfermos; mejor será que tú te entretienes con cualquiera y no te acuerdas de tu mujer...

— Vaya, Pepa, no tengas ganas de incomodarme.

— Conque tú todo el día de paseo, y á mí me tienes sin salir más que á misa... Pues hombre, me gusta...

Los padres, que han estado escuchando:

— ¡Qué chicos! ¡Todo lo que ven! ¡Si parecen unos viejos!

IV.

— Vamos, hijos míos, saludad á este caballero.

— No me conocen... tendrán vergüenza.

— Vamos, ¿cómo se dice?

— No tendrán lengua, responde el caballero.

— Si, señor; si V. los oyera cuando están solos, me arman una algarabía...

El caballero les da un dulce.

— Y ahora ¿qué se dice?

— Gasia, contestan los dos niños con una voz que no oye el cuello de su camisa.

— Pero saludad á este caballero.

— Bueno día, ¿cómo está oste?... dice el niño.

— Buena noche, ¿cómo está oste?... dice la niña al mismo tiempo.

— Bien, ¿y vosotros?

— Ben.

— ¡Huiiii... qué ricos! dice la madre. Si los oyera V. hablar entre ellos, y recitar versos y aleluyas, y cuentos... encantan á cualquiera. Vamos, hija mía, cántale á ese caballero aquella canción tan bonita: Buenos días, Catalina. Ya verá V. qué bien la canta mi chica, ya verá V.

— Yo también la sé, dice el niño.

— Bueno, deja que la diga ella solita.

Y la niña, con voz al principio apagada y tímida, empieza:

Bueno día, Catalina,

bueno día tenga usted;

¡ha visto usted á mi marido

en la guerra alguna vez?...

Si le he visto no me acuerdo,

deme usted la ceña de.

Mi marido es un buen mozo

vestido á la gaceta,

en la punta de la lanza

lleva un pañuelo bordés,

yo le bordé cuando niña,

cuando niña le bordé.

Siete años he esperado,

otros siete esperaré;

si á los siete no ha venido

monjita me meteré,

monjita de las monjitas que llaman

monjitas de San Andrés,

y á las tres hijas que tengo

¿dónde las colocare?

Una en casa doña Juana,

otra en casa doña Inés,

y la más chiquirritita

con ella me quedaré,

para que me fregue y barra

y me quise de comer,

y me lleve de la mano

á casa del coronel.

— Muy bien, muy bien la pequeñita... es que la ha cantado con mucho sentido.

— ¡Es muy mona!... No lo sabe V. bien. Ahora tú, di aquellas aleluyas tan bonitas para que las oiga este caballero.

Y el niño, que ya está rebentando por decir algo y adquirir aplausos como su hermanita, dice de carretilla y como disparado:

— Vida de don Perlimplín.

Fué el señor don Perlimplín

el más ágil bailarín.

Los padres con gran cariño

requiebran al tierno niño.

Toda la casa solito

andaba con un carrito.

Por su propia aplicación

le azotan sin compasión.

Le sentó mal la ventosa

y piés puso en polvorosa.

Quiso aprender el florete

para ser un matasiete.

Á doña Sempronia vió

el señor don Perlimplín

el más ágil bailarín.

Los padres con gran cariño

requiebran al tierno niño.

Toda la casa solito andaba con un carrito.

y de ella se enamoró. Bailaban él y su novia al estilo de Varsovia. Primer año de casado teatros, bailes y Prado. De un rebenton muere al fin el señor don Perlimplín.

Y sin respirar un momento:

— ¿Quiere V. que diga ahora la del criado de servir?

— Bueno; pero más despacito, contesta la madre.

Pero el niño, que quiere probar que lo sabe bien, sigue en el mismo aire:

— Vida del criado de servir.

De un criado de servir voy la historia á referir.

Nace en Cangas de Tineo y asusta ya por lo feo.

Es una figura rara si le mirais bien la cara.

Siendo aun muy tierno infante come más que un elefante.

En una lucha feroz tumba á un chico de una coz.

Por gustarle el zumo de uva se pone hecho una cuba.

Pasa algunos malos ratos cuidando perros y gatos.

No come más que lentejas, que es comida de las viejas.

Se casó y tuvo un hijo rechoncho como un botijo.

Le dió una indigestion por comer tanto jamon.

Una noche sin pensar se olvidó de respirar.

— Ahora voy á decir la del Calavera:

Tal cual es, escucha entera la vida de un calavera.

Su madre con gran cariño le enseñó á andar cuando es niño.

Ata de un gato á la cola una vieja cacerola.

Unido con otros chicos rompe á un viejo los hocicos.

Se provista de pitillos y hace á menudo novillos.

sin pagar el alquiler quiere á caballo correr.

Aburrido y sin dinero quiere meterse á torero.

Al poner dos banderillas le quebrantan las costillas.

Le coge el sastre y se irrita pues le debe la levita (1).

Y el niño acaba su relacion, y el auditorio aplaude;

y la madre, rebosando alegría y satisfaccion, lo besa, lo abraza, y acaba con un:

— ¡Sol de tu casa! ¡Quién te quiere! ¡Huiii, qué hijos mas ricos me ha dado Dios! ¡Valeis más pesetas que la Habana!

V.

Y aquí nace ya el instinto de separacion entre niños y niñas, primer divorcio entre los dos sexos, la idea que tan sencilla, pero tan gráficamente expresan las niñas en su imperfecto y encantador lenguaje, cuando dicen: «Las niñas con las niñas, los niños con los niños.»

Y en efecto, mirad á la pequeñuela cómo se separa de su hermanito y se entrega ella sola á coser vestidos para sus muñecas, á sacar y limpiar su bateria de cocina, y guisar la comida, y hacer que va de paseo, y regañar á sus muñecas, y fingirse enojada...

Observad sus apasionados instintos por salir de casa, porque la alaben y la llamen hermosa, porque la vean elegante, porque la pongan los vestidos majos.

Ya no busca á su hermano, busca á las niñas como ella, que la puedan envidiar las cintas de su abrigo ó los adornos de su sombrero; quiere la comparacion con sus semejantes, y toma parte en sus juegos, juegos que no le arruguen el traje, que no le opriman el mirriñaque, que no le manchen lo más mínimo la orla del vestido. Juegos inocentes como el A-la-limon, el San-Serveni, juegos inofensivos como el Aro ó la cuerda, cantares tan propios de su sexo como el:

Me gustan los hombres,

digo la verdad....

tan gratiosos como:

Quitate de esa esquina,

majo, que llueve...

y otros mil que revelan desde luego su debilidad, su candidez, sus instintos conservadores, su pureza de corazón, que no las lleva nunca á maltratarse, á estropearse, á tirarse con piedras, á hacer daño á los animales ni á desplumar los pájaros.

En cambio su hermanito hace un caballo del baston de su papá, y un látigo de una sombrilla de su mamá, y rompe espejos, y se sube á las mesas, y juega con sus compañeros al salto, al toro, al marro, al lobo, al apedreo y á los soldados, y á poner mazas á perros, y á todo lo que sea correr, pegar, romper, disputar, alborotar y tirar tiros, y se entrega á todo aquello que responde á los instintos más dañinos, á las intenciones más perversas, á los sentimientos menos nobles, á hacer sufrir á las personas ó á los animales inocentes, á todo lo que sea bullicio y ruido, al dominio, á la crueldad, á la usurpacion, á la destruccion.

Pero ¿á qué nuestra extrañeza? ¿no vemos entre nosotros hombres en gran número que en el goce pleno de sus facultades, tras largos años de vida, de inteligencia

(1) Insistimos en esto más y más, para poner de relieve esa marcada afeccion de los niños por aprender lo que les alegra y recrea; afeccion que es lástima no se aproveche en relaciones históricas, hechos heroicos, máximas morales ó pensamientos elevados, y se ma ogre en lamentables copias y relaciones de ciego, y en grotescos y detestables versos.

elevada é importante rango social, son tocante á sus odios, sus disputas, sus rivalidades y sus desquites mil veces peores que los niños?

EL COLEGIAL.

DE MI CARTERA.

(APUNTES.)

I.

Amo á una mujer que no es de polvo; es de luz y de olor: sus formas son diáfanas; su palabra no suena, huele.

Pura es como el suspiro de un ángel, y yo, con ser de barro, la beso siempre que la veo y no mancho, nó, su castisima pureza, porque le beso el alma con mi alma.

¿Quién es?

Una mujer humildisima, ignorada, que no anda en las vias del mundo, que es gozar, sino en las del cielo, que es sufrir, padecer, llorar; una mujer que, sin conocer á nadie, da su reposo y su salud y su vida por todos los dolientes; una mujer que lleva en su alma, sahumada con incienso de plegarias, la fé, la esperanza, todo el amor.

Su mision es amar: pero ¡ay! amar el dolor.

Y cumple esa mision divina consumiéndose, evaporándose en su amor de dolor, como una azucena entre las espinas de una zarza.

¡Caliz de lágrimas que lloraste penas mias! te amo.

¡Memorias de mi alma!... os leo.

Un sacerdote, ese amigo de Dios que abre con la mística llave de su palabra el cielo, ha bendecido una alma que va á abandonar su terreo vaso.

El alma de mi alma suspiró... se estremeció... voló, sacudiendo sus alas para dejar el polvo con el polvo.

Y lo que muere, murió. ¡Ay! ¡murió!

Un ser inmaterial como una idea, triste como un sollozo, piadosisimo como una lágrima de amor y de dolor, de abnegacion; este evangelico ser cierra los ojos de mi muerta, crúzale las manos creyendo, besa con labios que no tocan, aquel vaso de ya evaporada esencia; eleva luego los brazos como alas que tienden á lo excelso y se arrodilla y llora y reza acompañando asi en su jornada al alma que volo, que sube arriba, arriba...

Arriba llegó el alma aromándose en plegarias.

El ángel, que arrodillado ante mi madre muerta,

llora y reza, es la mujer que yo amo.

¿Es joven?

No lo sé.

¿Es bella?

No lo sé.

¿Cómo se llama?

HERMANA DE LA CARIDAD.

II.

No hay más nobleza que la honradez; aquel es más noble que es más honrado. Esta nobleza ha de vincularse en el trabajo, ruda forma de la virtud privada, y precioso titulo del merecimiento público. El trabajo es la raíz del árbol de la vida, cuyo fruto amarga, cuando no se riega con el sudor, ese otro llanto del hombre, que no se pierde nunca en el piadoso seno de la madre tierra. El trabajo legitima el reposo del hombre, que no debe justamente descansar, sino está cansado. El trabajo da más sabor al pasatiempo de descanso que todas las copas de las orgias y todos los labios de las mujeres impúdicas. El trabajo temple la exuberancia de la vida animal, y amolda y robustece las facultades del alma. El trabajo es una especie de incesante culto con que el hombre revela al exterior el Dios de su conciencia. El trabajo crea las buenas costumbres, las grandes invenciones, las esperanzas justas, las recompensas legítimas... ¡Y es una maldicion! Pero es una maldicion bendita. Y solo el hombre que trabaja cumple en su destino la voluntad de Dios.

III.

Es de noche.

El tumulto de medio pueblo ébrio ha cesado; el dolor del otro medio no ha cesado, pero ha enmudecido: unos se cansaron de reir, otros de llorar... eso es la vida.

Un día pasó, día que no volverá, sino en recuerdo á la memoria del hombre para morderle ó besarle el corazón.

¿Cuántos crímenes, cuántas plegarias habrá sorprendido la hora que suena! Algun ladrón de honras, de vidas ó dinero calculará silencioso en las tinieblas de su alma; algun mártir desconocido gemirá en las claridades de la suya; alguna victima caerá inmólada sobre un altar sin sacerdote, ni incienso, ni Dios.

¡Ay! Alguien se quejó en los aires repitiendo este lamento muchas veces para recordar nuestras miserias; un corazón de bronce, sí, tan duro ha de ser para quejarse sin descanso eternamente.

Un día pasó; otro empieza... son las doce.

Descansemos un poco para seguir riendo ó llorando, es decir, viviendo.

IV.

Ha llovido. El rayo apagó su fuego, el trueno su voz horrisona, y entre las ya esprimidas nubes, que empuja á otras regiones el soplo de los vientos, se escapa más espléndida la vivida luz del astro rey. Los árboles, que lácios se inclinaban bajo el peso de las gotas recogidas en sus hojas, irguen sus lavadas frentes sacudiendo su ropaje; las flores miran ya al cielo, ofreciéndole como copas rebosando, los gayos rizos de sus pintados petalos, y cada cinta de yerba es una sarta de perlas que refleja otros tantos cielos en sus limpias y diáfanas esferas.

Todo se rejuvenece, todo se alegra, sonrie todo.

Una flor hay, empero, mustia en medio de tanta vida; flor en cuyo caliz no titila ni una perla, ni anida un ósculo del aura, ni liba una mariposa... Esta flor es mia y se llama... juventud.

VII.

He viajado sobre un monstruo que rugie y corre como un huracan. Tira de un pueblo sin cansancio y va salvando valles, vadeando rios, cruzando llanos, perforando montes, arremolinando objetos que descubre, alcanza y deja atras desvanecidos como fantasmas de un delirio. Lleva en sus pies los talares de Mercurio, en su frente el fuego de Minerva, en su seno la civilizacion del mundo.... Es el ferro-carril.

¡Allá va el pensamiento humano!

¡Salud!...

Este saludo, que trasmite el nervio de un alambre, puede sentirse ahora mismo en los antipodas, puede resonar aquí otra vez como el eco de un suspiro, despues de haber abrazado á todo el mundo.

El mundo es ya un solo corazon, y cada hombre un latido suyo enlazado á otro latido.

¡Salud!

Y ¿qué es salud?

No nos entendemos. Ferro-carril, telégrafo.... Falta un término más, un rayo más de luz en este otro Tabor en que la humanidad se trasfigura.

Ferro-carril, Telégrafo.... *Lengua universal.*

VI.

El poeta y el filósofo son los dos grandes apóstoles de todas las civilizaciones: el uno sientela idea y la canta, el otro la elabora y la formula; el poeta va delante, el filósofo detrás: pero los dos llegan á un mismo tiempo.

¿De dónde partieron?

De la fé.

¿A dónde llegan?

Al amor universal.

¿Ama el filósofo?

Piensa.

¿Qué es pensar?

Pensar es amar, amar con la inteligencia.

El tiempo es oro para el mercader, plata para el usuario, cobre para el artesano, hierro para el mendigo, historia para el filósofo, comedia para el poeta, un lienzo para el pintor, hora de comer para los perezosos, abstinencia para el asceta, dias fatales para el escribano, noches buenas para el ladron, algo para la mujer, mucho para el prisionero, nada para el militar.

La tentacion de todas las virtudes es el oro: si el oro fuera pasible podria Dios castigar todos los crímenes arrojándolo al infierno.

Una deuda es el olvido que el hombre de bien más recuerda.

Las heridas del alma se cicatrizan en la frente.

El suicida es un cuerdo que se enamora locamente de la muerte.

El orgulloso y el caballo son los dos animales más gallardos.

Un paseo es un salon barrido con sedas de ricos y rociado con lágrimas de pobres.

Hijo pródigo del corazon que se escapa de la casa paterna, el suspiro de la risa: vase alegre y vuelve triste.

La pena tiene tambien su goce; el goce de la pena es el amor de dos virtudes: la fé y la esperanza.

La fé es un secreto que Dios nos dice al oido, y la esperanza el secreto de la fé.

Tesoro de perlas que sólo tiran los pobres, la dulce amargura del llanto.

El hombre sin voluntad propia es el único esclavo que merece serlo.

Nadie más allegado que un amigo fiel: la buena amistad es un parentesco del alma.

El amor es un perfume que huele al corazon que lo exhala: huele á nardo, á rosa, á violeta, á incienso, á vino, á....

El honor es la brillantez de la virtud: donde no hay virtud no existe la verdad, sino la mentira del honor.

No esperéis caridad por parte del avaro, cuyo corazon enjuto es como un vaso vacío: aunque os murais de sed no os dará ni una lágrima siquiera: no tiene. Si el avaro pudiera llorar, no sería avaro.

El banquero más rico y el poeta más pobre están en un punto de contacto: aquel tiene el corazon de oro; éste las plantas de los pies.

¿Qué es política?

Esta elevada ciencia, llamada á resolver el gran problema que agita, remueve y golpea con pavorosos latidos el seno del viejo mundo, sediento de vida nueva, ciencia que tiene por principio la justicia, por medio la libertad, por fin el derecho humano, ciencia á que dan culto como á una religion los hombres de altas miras y conviccion profunda, capaces hasta del martirio, cuando es vez de morir por la verdad, que es Dios; esa ciencia es para muchos ateos de todas las creencias, profanadores de todos los altares, hambrientos de todos los festines; es la *razon social* de una *comandita* en que los pobres pueblos ponen el capital y ellos la *industria*.

El alma del sacrificio es la fé. Quien muere por una idea vive la vida de los mártires. Quien se sacrifica sin querer, aunque muera al pie del altar, es un loco que se suicida.

Ni el oro, ni el poder, ni los honores, ni el deleite, ni la gloria, ninguno de esos goces por que tanto se afana y suspira el hombre, constituyen la felicidad del hombre: la paz del alma, la satisfaccion de la conciencia, resultante del bien moral, de la ley moral cumplida, esa, esa es la felicidad humana.

El oro enfria á su contacto el corazon cerrándolo á todo sentimiento de bondad; el poder esclaviza el alma á una pasion que tiene hiel de todas las pasiones; los honores ahuecan la cabeza del hombre, dejando su pensamiento en un caliginoso vacío: el placer arrastra por el lodo las alas del espíritu, cuya aspiracion es subir allá donde irradia en su espléndida pureza el supremo ideal de toda hermosura, de toda verdad, de toda virtud; la gloria, la humana gloria es solo una hoja de laurel traída y llevada por el viento, viento de tempestad, tempestad del corazon....

No, no hay más felicidad en esta vida miserable que la posesion de ese bien, cuyo medio es la virtud, cuyo fin Dios. Felicidad asequible á todos los hombres, en cuanto basta ser buenos para ser felices: por eso el que más se acerca á su fin moral es el que menos dista de la felicidad posible en este mundo.

(Junio de 1859.)

Un libro no es solamente un maestro que enseña; es tambien un amigo que acompaña.

El que está solo con un libro no está solo: tiene á quien oír, á quien hablar; hablar y oír en esa espontaneidad de simpatias con que se atraen dos corazones.... amándose.

El libro no es el hombre; pero encarna en otra forma, la mejor del hombre: el pensamiento, la pasion, el alma del hombre. Flor de inmarcesibles hojas, flor que solo se marchita al cálido aliento de la ignara y rastrea intolerancia, la flor del libro se abrió al ósculo de un alma y está siempre oliendo á alma.

Quien abre un libro, abre una conciencia, un corazon que palpita. Abrirlo muchas veces y palpitareis con él y lo amareis. Se quiere una casa, se quiere un reloj, se quiere un caballo; pero un libro se ama: es un amigo.

¿Y yo no tengo libros!

¿Dónde están mis libros?

¡Ay!...

El que sea capaz que traduzca este suspiro.

CECILIO NAVARRO.

CASCABELES.

La *Correspondencia* dió el otro dia, entre otras noticias interesantes, la de que el marqués del Duero dió la mano en el Senado á tres señores ministros.

No sabemos cómo se ha atrevido *La Correspondencia* á dar esa noticia sin preparar ántes á sus lectores.

La carne ha subido dos cuartitos en libra.

El aceite va á subir, y el pan tambien; los garbanzos suben de una manera escandalosa. A consecuencia de estas subidas bajarán á los infiernos muchos egoistas ambiciosos que tienen la culpa de todo lo que pasa.

Solucion de las charadas insertas en el número anterior.

Es la primera *Letrado*, la segunda *Leonidas*, y *tulipan* la tercera, que es una flor muy bonita; y la cuarta *Minorete*, y en fin, *Lutero* la quinta, y adios quedad, mis lectores, que me voy más que de prisa, que un corto de vista está esperándome en la esquina.

La Señora de siempre.

Creyendo hacer un favor á nuestros suscritores, les recomendamos la exquisita calidad de los vinos que anuncia en el lugar correspondiente José Fonseca.

Charadita.

Primera y segunda tiene el que nace gran poeta; segunda y tercia estos dias viene, sale, vuelve y entra; si la tercera repites es un hombre á quien respetas, aun cuando no le conozcas ni en tu vida verle puedas; y sin la cuarta no hay jota y si puede haber manchegas; y el todo es cosa precisa que tienen las cocineras, y no debe ser muy limpia la que nunca lo maneja.

Creemos que es llegada la ocasion de que el Gobierno, la grandeza, los amantes de las letras, protejan de alguna manera á las empresas de teatros, para las que el año cómico se ha convertido en año trágico.

Mehemet Rueb-chi Baja, ha sido nombrado ministro de Hacienda en Constantinopla.

Es un buen chico, muy amigo mio, enamorado como el sol, y que no sabe una palabra de matemáticas. Ha

estado de huesped en casa de doña Mariquita, en la calle del Gato.

Los cuadros vivos presentados en el teatro de la Zarzuela son muy bonitos, pero el publico está escamado.

Deseamos que las empresas puedan reponerse de las grandes pérdidas que vienen sufriendo desde la aparicion del cólera.

La *Correspondencia* se ha dedicado á dar estos dias noticias gordas. El otro dia dijo que habia llegado á Barcelona gran número de cerdos franceses, con perdón de VV.

Parece que estos animalitos se diferencian de los de aquí en que gruñen en francés.

Por saber que su esposa el año veinte tuvo amores con un subintendente, muriendo está de pena mi pobre amigo don Jesús Balbuena. El hombre que es de espíritu apocado, nunca podrá servir para casado.

La empresa de EL CASCABEL se ha encargado de la impresion de la novela de la señora doña Angela Grassi, premiada en el último certamen por la Academia española. Su autora nos propone la satisfaccion de ser los primeros en dar á conocer al publico esta preciosa obra, que ha de llamar grandemente la atencion de las personas aficionadas á la buena lectura.

El martes próximo se reparten las entregas 5.^a y 6.^a de la Biblioteca *Sal y pimienta*. Este retraso no debe inquietar á los suscritores, quienes recibirán al cabo del año las entregas que tenemos prometidas.

En el número próximo se publicará el tercer cuadro de la *Galeria de matrimonios*, que no lo publicamos hoy para dar cabida á la conclusion de la novela atroz *La mujer es un demonio*.

No podemos publicar geroglífico. Rogamos á nuestros suscritores nos dispensen hasta el número próximo.

SAL Y PIMIENTA.

Biblioteca de obras festivas, ilustrada con profusion de viñetas, dibujo de Miranda, grabado de Capúz.

BAJO LA DIRECCION DE D. CARLOS FRONTAURA.

26 entregas al año por 24 rs. en Madrid y 26 en provincias.

Se han repartido las entregas 1.^a, 2.^a, 3.^a y 4.^a de CUADROS AL FRESCO, cuentos de todos colores, menos verdes, por Cecilio Navarro. Se van á repartir las entregas 5.^a y 6.^a

Precios de suscripcion: En Madrid, 6 rs. por tres meses, 12 por seis y 24 por un año.

En provincias 8, 14 y 26, remitidos en sellos ó libranzas á la Administracion.

La suscripcion se empieza á contar desde el 15 de Diciembre, en que salió la primera entrega.

Los CUADROS AL FRESCO constarán de 24 entregas. Despues se publicarán aumentados, corregidos y adicionados los populares artículos de costumbres, titulados

LAS TIENDAS,

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

obra magníficamente ilustrada.

Administracion de la Biblioteca, Caños, 4, bajo.

ANUNCIOS.

Los mejores vinos de Jerez (legítimos de La casa de Gordon) los vende á domicilio José Fonseca á los ínfimos precios comprendidos entre 10 1/2 y 18 rs. botella, dando aviso en la calle de la Montera, núm. 5, tienda de don José Gasell.

La juventud estudiosa.—Se dan lecciones á domicilio de Gramática latina y castellana. En la calle de la Colegiata, 4, portería, darán razon del profesor. Este también desearia desempeñar cualquier otro cargo que fuera compatible con su profesion.

NOVEDAD.

La copisteria en grande escala, calle de Felipe III, 7, principal, travesía de la Plaza y calle Mayor, participa al publico que hallará en sus oficinas todas las facilidades necesarias por las copias de toda clase de escritos, obras y solfeo, á cualquiera hora que sea, para lo cual cuenta ya con más de 50 copistas.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel,

A CARGO DE M. BERNARDINO.

calle de los Caños, número 4, bajo.